

Buscad la santidad

Otras señales o marcas de la santidad real

Hebreos 12:14

Nos encontramos estudiando las marcas o señales de la santidad real. Ya hemos visto las siguientes características de la santidad verdadera:

Una persona santa admira y es impactada por la santidad de Dios.

La verdadera santidad es difusiva, se extiende por toda el alma, no hay un solo aspecto de la vida cristiana que no sea influenciada por la santidad.

Una persona santa tiene en alta estima a los santos.

El santo siempre continuará creciendo en santidad y es consciente de esta necesidad.

El santo odia toda clase de impiedad e injusticia.

El santo se levanta contra los pecados secretos e íntimos, así como de los que son más visibles.

El santo odia y se levanta contra los pecados que consideramos escandalosos, pero también contra aquellos que consideramos menores o pequeños.

El santo sabe que complacerse en el menor de los pecados es razón suficiente para cuestionar su integridad y sinceridad espiritual.

El santo odia los pecados porque sabe que el costo para su perdón fue la preciosa sangre del Hijo de Dios.

El santo odia y se levanta contra los pecados amados e inveterados.

El santo se aflige por su propia vileza y falta de santidad.

La santidad real hace que los deberes sagrados del alma sean algo natural en el creyente.

Donde hay verdadera santidad se ejercitará y desarrollará la justicia y la rectitud para con los hombres.

El que tiene la verdadera santidad trabaja y se esfuerza para hacer que los demás sean santos.

Continuemos estudiando otras características de la verdadera santidad. Quiera el Señor obrar en nuestros corazones con su Santo Espíritu, de manera que cada día seamos personas más santas.

1. La santidad real *hace que su poseedor sea santo en el uso de las cosas terrenales y comunes*, así como en el uso de las cosas espirituales y celestiales (Tito 1:15). El santo es espiritual en el uso de las cosas mundanas, y es celestial en el uso de las cosas terrenas. Hay una etiqueta de plata que cubre todas sus actividades, sobre la cual dice: “Santidad al Señor”.

Todas las cosas de su vida terrena son sagradas, tanto en su comer y beber, como en la forma de hacer negocios, trabajar, hablar, vestir o estudiar (1 Cor. 10:31). Para el santo no hay dos esferas de vida: la sagrada y la secular, sino que todo está bañado por la santidad: “*Pero sus negocios y ganancias serán consagrados a Jehová*” (Is. 23:18). Antes de la conversión de Tiro, sus negocios estaban marcados por la maldad, ellos hacían riquezas por medio de cualquier clase de negocios, buenos o malos, y usando estrategias marcadas por el pragmatismo; pero luego de su conversión, no sólo santificaron aquellas cosas que parecen relacionadas con la religión, sino que escribieron “santidad” sobre todas sus mercaderías, negocios, empresas, ventas, producción y ganancias.

El santo no acumula riquezas para incrementar la codicia de su corazón, sino que las dedicará al servicio del Reino de Dios: “*No se guardarán ni se atesorarán, porque sus ganancias serán para los que estuvieren delante de Jehová, para que coman hasta saciarse, y vistan espléndidamente*” (Is. 23:18). El Sumo Sacerdote actual es Cristo, el verdadero mediador entre Dios y los hombres, a él se dedican nuestras riquezas. Antes de su conversión, Tiro usaba sus bienes para la satisfacción de sus deseos, para el orgullo, la lascivia y el lujo; pero luego de su conversión, el uso de sus riquezas es santo, para el servicio al Señor y la ayuda a los más pobres y necesitados. Cuando el corazón se vuelve santo, todas las cosas en la persona también son santas, incluyendo sus negocios y goces terrenales.

Si un hombre santo va a la guerra, la santidad reviste todo lo que él es, hace y usa en la batalla. Incluso sus armas llevarán escrita la santidad del Señor. Una mujer santa será santa en todo lo que hace, incluso, cuando prepara las comidas, algo tan simple y común. *“En aquel día estará grabado sobre las campanillas de los caballos: SANTIDAD A JEHOVÁ. Y toda olla en Jerusalén y Judá será consagrada a Jehová de los ejércitos”* (Zac. 14:20-21).

Cada pedazo de la vida de un santo está bañado por la fragancia de la santidad, y en todas las áreas de su vida diaria y común podrá verse algo del poder de la verdadera religión.

La santidad está escrita en el trato con los demás, en el trato con la familia y con los amigos. Todo lo que está en su casa, tendrá escrito la santidad sobre sí.

Un hombre santo hace de la escalera de Jacob todos sus goces terrenales. Todas las comodidades de su hogar son como las brillantes estrellas de la mañana que lo guían a la santidad, que lo conducen al Dios santo. Miremos a un hombre santo y encontraremos en él lo sagrado. Si lo miramos en el uso de las cosas comunes, encontraremos lo sagrado. Si lo miramos en sus diversiones, encontraremos lo sagrado. El marco habitual, y la inclinación de su corazón es ser santo en cada cosa terrena sobre la cual pone su mano. Un espíritu de santidad corre y brilla en todas las acciones comunes de la vida.

Pero miremos a una persona que sólo tiene la santidad aparente, encontraremos en él un espíritu mundano en el uso de las cosas comunes. Si lo vemos fuera de la iglesia, encontraremos a un terrenal en el uso de las cosas terrenas, a un carnal en el uso de las cosas carnales y comunes. Toda su religión, toda su santidad se limita a unos pocos deberes religiosos; si lo sacamos de esa esfera religiosa, encontraremos a un carnal, vano, necio y sucio hombre.

Pero el que es realmente santo, es santo en todo lugar. Si lo vemos fuera de la iglesia, en el ámbito de las cosas mundanas o terrenas, encontraremos a una persona bajo el temor, la autoridad y la gloria de Dios.

Un corazón impío es carnal en el uso de las cosas espirituales, y es terrenal en el uso de las cosas celestiales. Mientras que una persona santa es santa en los asuntos ordinarios, así como es santo en cualquiera de sus deberes sagrados.

2. La verdadera santidad *es conforme a la santidad de Cristo*. La santidad de Cristo es el primer patrón de santidad para el creyente: *“Pues como él es, así somos nosotros en este mundo”* (1 Jn. 4:17).

No hay una sola gracia que estuvo en Cristo que no haya sido formada en el corazón santo: *“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”* (1 Jn. 2:6). Es por eso que a la obra de la gracia y la santificación se le llama la formación de Cristo en el alma: *“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”* (Gál. 4:19). Los corazones sagrados tienen las mismas impresiones y sellos de la gracia que tuvo Jesucristo: *“Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”* (Jn. 1:16).

En el verdadero creyente hay una correspondencia de sus virtudes con las de Cristo: su amor es como el amor de Cristo, su humildad es como la humildad de Cristo, su mente celestial es como la mente celestial de Cristo, su mansedumbre es como la mansedumbre de Cristo, su paciencia es como la paciencia de Cristo; su fe, su celo y su temor serán como la fe, el celo y el temor de Cristo. Obviamente, no serán iguales en grado y cantidad, pues, él era perfecto, pero todas estas virtudes o gracias tendrán como meta crecer a la estatura de la plenitud de Cristo.

Así como en el vientre de su madre, un niño se forma, miembro por miembro, idéntico a los miembros de sus padres; o como un espejo refleja la imagen completa, parte por parte; los corazones santos reciben de Cristo gracia sobre gracia, de manera que sean como él es.

Para ser una persona santa hay que conocer al Cristo santo, hay que estar enamorado del Cristo santo e imitar las virtudes de un Cristo santo: *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”* (2 Cor. 3:18).

Así como la gloria del discípulo es seguir los pasos de su maestro, la altura de la gloria del cristiano consiste en pisar las huellas virtuosas de su más querido Señor. Un gran estímulo para el corazón sagrado es caminar en los pasos del patrón santo que Cristo le ha fijado.

Así como el santo profeta se acostó sobre el hijo muerto de la sunamita, y puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre los ojos, sus manos sobre las manos; un santo pone la

boca de Cristo en su boca, los ojos de Cristo en sus ojos, las manos de Cristo en sus manos, el corazón de Cristo en su corazón; es decir, trabaja para ser semejante a Cristo, sobre todo en aquellas santas virtudes, que fueron lo más brillante en el corazón y la vida del Maestro: *“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”* (1 P. 2:9).

Por lo tanto, están muy lejos de la santidad aquellos que caminan en dirección contraria a Jesucristo. Él era santo, pero estos son profanos; él era humilde pero estos son orgullosos; él era celestial, pero estos son terrenales; él era espiritual, pero estos son carnales; él era celoso, pero estos son tibios; él era manso, pero estos son contenciosos; él era caritativo, pero estos son avaros. ¿Llamaremos a esta clase de personas “santas”? Seguro que no.

3. El que tiene la santidad real, no sólo se entristece por sus propios pecados, sino que **se aflige por la falta de santidad de los demás**. *“Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos que dejan tu ley... Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley... Veía a los prevaricadores, y me disgustaba, porque no guardaban tus palabras”* (Sal. 119:53, 136, 158). Esta frase hiperbólica (*Ríos de agua descendieron de mis ojos*) expresa el gran dolor que experimentaba el salmista, no porque sus enemigos le habían hecho daño, sino porque deshonraron a Dios. Fue una gran pena para él ver cómo otros ofendían al santo Dios.

De la misma forma, el profeta Jeremías expresa su gran dolor y aflicción, diciendo: *“¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo! ¡Oh, quien me diese en el desierto un albergue de caminantes, para que dejase a mi pueblo, y de ellos me apartase! ¿Por qué el santo profeta habla así? ¿Cuál es la causa de ese lamento tan profundo? ¿Por qué desea tener una fuente de lágrimas que le permita llorar sin cesar? ¿Por qué prefiere habitar entre las bestias salvajes, antes que morar entre su propia gente? El profeta responde: “Porque todos ellos son adúlteros, congregación de prevaricadores. Hicieron que su lengua lanzara mentira como un arco, y no se fortalecieron para la verdad en la tierra; porque de mal en mal procedieron, y me han desconocido, dice Jehová”* (Jer. 9:1-3).

También en Ezequiel 9:4 dice: *“Y le dijo Jehová: Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y ponles una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella.”* En Jerusalén había corazones sagrados que suspiraban y lloraban, lloraban y suspiraban por la maldad que abundaba en su tiempo. Las abominaciones habían aumentado tanto, que produjeron un suspiro en los corazones de los santos y muchas lágrimas en sus ojos.

La maldad de cada generación produce dolor, llanto y tristeza en las almas santas. Nuestro siglo, caracterizado por la rebeldía de los jóvenes, la legislación de la muerte en los estados que aprueban el aborto y la eutanasia; la legalización de la destrucción de la raza humana al aprobarse y consentirse el homosexualismo y el lesbianismo; este estado de cosas conducen a los santos a experimentar profunda tristeza y a llorar ante Dios.

Mientras la mayoría de las personas están pecando, los marcados de Dios están de luto. Mientras la mayoría de las personas están levantando su puño para maldecir, blasfemar y rebelarse; los marcados de Dios están profundamente afligidos, llorando con sinceridad y lamentándose por todos los pecados de su generación: los pecados del gobierno, los pecados del legislativo, los pecados de los tribunales, los pecados del ejército y las fuerzas armadas, los pecados de la ciudad, los pecados de los terroristas, los pecados de la sociedad, los pecados de la iglesia y los pecados de la familia.

El santo Pablo no pudo dejar de sentir profundo dolor al ver a muchas personas que sólo se interesaban por su vientre y por lo terreno: *“Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo”* (Fil. 3:18).

El santo Lot no podía estar feliz en medio de una generación llena de maldad: *“Y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados (porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos) (2 P. 2:7-8).* La palabra griega para *abrumado*, en el versículo 7, significa “ser oprimido bajo la vida sin sentido de los malvados e impíos sodomitas, como aquel que está oprimido bajo el peso de un fuerte trabajo, como los israelitas cuando estaban bajo los

cruelles capataces egipcios.” ¡Los pecados, la maldad de otros, afectan en gran medida los corazones de los santos!

Los israelitas suspiraron y gimieron bajo todas sus cargas y opresiones, de la misma manera como los santos corazones suspiran y gimen bajo el peso de los pecados de los hombres malvados. La palabra griega para *afligido*, en el verso 8, significa “ser torturado, atormentado”. La maldad del impío atormentaba su alma justa, era insoportable oír hablar de su perversión.

Cuando vemos a la prostituta que hace todo por llamar la atención de los hombres voluptuosos, cuando vemos a las muchachas que se visten como rameras, cuando vemos a los hijos que deshonran a sus padres, cuando vemos al conductor que irrespeta las señales de tránsito, cuando vemos al político corrupto, cuando vemos al empresario tramposo, cuando vemos al asesino, cuando vemos al predicador que usa la fe para ganancia personal, cuando vemos al falso profeta proclamar doctrinas erradas, cuando vemos a creyentes que viven como mundanos; todo esto debe causar profundo dolor, tristeza y lamento delante del santo Dios.

¿Por qué el santo llora y se lamenta por el pecado de los demás? Por las mismas razones que le conducen a experimentar tristeza de sus mismos pecados:

a. Un santo llora por el pecado por lo que el pecado es, ***por su malvada naturaleza***. El pecado es violación de la Santa ley de Dios, es un deshonor para el Dios santo. El que odia a un ladrón, por ser ladrón, lo odiará cuando se mete en su propia casa, como cuando roba en la de otro. De la misma manera, el que odia el pecado como pecado, lo aborrece donde quiera que lo vea, en su propia vida o en la de otros.

b. Una persona santa sabe que la ***mejor manera de mantenerse puro frente a los pecados*** de otros es llorar por las maldades de los demás: “*No impongas con ligereza las manos a ninguno, ni participes en pecados ajenos. Consérvate puro.*” (1 Tim. 5:22). El que llora por los pecados de los demás rara vez se contamina con los mismos pecados. El que no llora sobre los pecados de otros, es cómplice de pecados ajenos. El que no llora por los pecados de otros, está en peligro de ser atrapado por las mismas impiedades. ¿Cómo puede una persona santa mirar los pecados de los demás con los ojos secos?

c. Una persona santa mira a los pecados de los demás hombres *como verdugos, asesinos de Su salvador*. Un santo mira el orgullo del hombre vano como la corona de espinas sobre la cabeza sangrante de Cristo; mira a los falsos juramentos, y el uso vano del nombre de Dios, como los clavos que perforaron las benditas manos y los santos pies del Salvador; mira a los burladores como esputos sobre el sagrado rostro de Cristo; mira a los hipócritas como los besos traicioneros que entregaron a Jesús a la muerte; mira a los borrachos como la hiel y el vinagre que le dieron a beber al bendito Salvador. Todo esto hace que el alma del santo sienta una profunda aflicción y tristeza al ver los pecados de los demás.

d. Una persona santa sabe que *el luto y la aflicción por los pecados de otros hombres, puede ser un instrumento para alejar la ira de Dios*. ¿Con cuánta frecuencia el santo Moisés derramó sus lágrimas para calmar la ira de un Dios enojado? Aquellos que se afligen por los pecados de la nación, serán librados de los terribles juicios divinos: “*Anda pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad contra él; y la tierra descubrirá la sangre derramada, y no encubrirá ya más sus muertos*” (Is. 26:20-21). ¿Quiénes son estos librados de la ira de Dios? Los que tienen la marca de la santidad, los que hacen lamentación por sus propios pecados y por los pecados de los demás.

Cuando una casa se incendia, el padre de familia tiene cuidado especial por salvar a su esposa e hijos. En tiempos de calamidad común, Dios se ocupará de cuidar a sus joyas, a los santos que están de luto por el pecado.

En una ocasión, Agustín fue a visitar a un enfermo, y encontró que la habitación estaba llena de dolientes: su mujer e hijos suspiraban, lloraban y se lamentaban del estado de salud de su pariente; lo cual llevó a este santo varón a exclamar suavemente: “Señor, ¿qué mejores oraciones puedes escuchar, sino estas?” Así, en tiempos de calamidad común, los sagrados corazones pueden mirar hacia arriba y decir: “Señor, ¿qué suspiros, qué gemidos, qué lágrimas podrás escuchar sino los nuestros? ¿Quiénes son los dolientes de Sión, y quién te salvará en este día de Su feroz indignación – sino los que han trabajado para ahogar tanto los pecados propios como los de otros hombres en las lágrimas del arrepentimiento?”

e. Una persona de verdadera santidad mira a los pecados de los impíos *como fuente de desolación, dolor y miseria sobre la nación y la tierra*. El santo sabe que los pecados de la gente pueden convertir los ríos en desiertos, los manantiales de aguas en tierra seca, la tierra fértil en un desierto estéril. Él sabe que los pecados de los impíos atraen la ira de Dios y pueden provocar a Dios para que haga llover el infierno desde el cielo, así como lo hizo con Sodoma y Gomorra: “*Él convierte los ríos en desierto, y los manantiales de las aguas en sequedales; la tierra fructífera en estéril, por la maldad de los que la habitan*” (Sal. 107:33-34).

Un santo suspira y llora al ver los pecados de los impíos porque esas acciones contrarias a la Santa Ley del Señor tienen la capacidad de destruir el bien y causar mucho daño: “*...un pecador destruye mucho bien*” (Ecl. 9:18).

f. Una persona santa mira a los pecados de los demás hombres *como férreas cadenas que los mantienen en esclavitud*, y esto le hace llorar. Los santos debemos ver a todos los pecados como implacables carceleros que cautivan a los hombres, conduciéndoles en tropel al infierno: “*Porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás*” (Hch. 8:23). Esto causa tristeza y dolor en el corazón sagrado.

Los santos lloran por la maldad de los demás, pero los impíos se complacen, se ríen y deleitan en los pecados de los otros hombres. Estos son monstruos, aliados de Satanás; pues, aplaudir y sentir placer en el pecado de los demás es el más alto grado de impiedad.

Los que tienen una santidad aparente intentan atraer a otros a la santidad. Pero siendo que ellos no son santos, sólo se limitan a condenar los pecados de los demás hombres, mas nunca se lamentan, lloran o suspiran por los pecados de otros. Ellos podrán insultar a los otros hombres por sus pecados, pero nunca llorarán por ellos. Ellos podrán reprochar a los demás pecadores, pero no tienen la capacidad ni la voluntad de lamentarse, llorar y entristecerse por los pecados de los demás. Lamentablemente, nuestra generación está invadida de estas desdichadas personas.

Recordemos, una marca de la verdadera santidad que debemos cultivar es el lamento y la tristeza por los pecados de nuestra generación.